



«En el flamenco somos mujeres seguras de nosotras mismas»

En este género tradicional caben el dolor, la alegría, la pérdida y la rebeldía: sentimientos muy humanos. Al mismo tiempo, también han quedado arraigados unos roles de género rígidos y unas concepciones patriarcales.

Un viaje por Andalucía para conocer a tres mujeres que están transformando esta cultura desde dentro.

Por Alea Rentmeister

Las flores rosas de las buganvillas trepan por las fachadas encaladas de blanco. El calor del día todavía permanece en las estrechas calles, donde personas elegantemente vestidas comienzan la noche del sábado con una cerveza fría. En el bar «Casa Pepe Salinas», en pleno casco histórico, esa noche se puede disfrutar de la actuación de la emergente guitarrista flamenca **Alba Espert**.

Lleva el pelo corto, pantalón de traje, blusa y pendientes de perlas. Solo sus uñas delatan su profesión: cortas en la mano izquierda y largas y cuidadas en la derecha.

El flamenco lo es todo para esta joven de 28 años: «Me levanto con el flamenco y me acuesto con el flamenco».

Alba cursó sus estudios de Guitarra Flamenca en el Conservatorio Superior «Rafael Orozco» de Córdoba, siendo la única mujer de su promoción. Tiene un máster en Investigación y Análisis del Flamenco. Actualmente estudia un Grado Superior de Sonido.

Por su interpretación de guitarra ha recibido diferentes premios y becas, y actúa en bienales de flamenco, festivales de guitarra y peñas.

Toca la guitarra flamenca desde los ocho años: «No comprendí hasta qué punto tenía que luchar hasta que decidí dedicar mi vida a la guitarra».

En el flamenco, las mujeres suelen asumir el papel de bailaoras o cantaoras, mientras que los instrumentos continúan estando mayoritariamente reservados a los hombres. Que las guitarristas flamencas lo tienen difícil es algo de lo que también hablan figuras destacadas como Antonia Jiménez y Marta Robles en los medios españoles.

Sin embargo, existe una tradición de mujeres guitarristas flamencas en España: durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta la Guerra Civil española (1936-1939), hubo más guitarristas mujeres que en la actualidad, escribe el historiador Josemi Lorenzo Arribas.

El régimen totalitario de Franco reforzó todavía más esta situación.

Hoy en día vuelven a hacerse más visibles las guitarristas. Aun así, Alba sigue experimentando discriminación. A los diez años tocó en un club de flamenco y, por ser la única niña, no le permitieron aparecer en la foto de grupo. «Me sentí menospreciada», recuerda.

Alba Espert ha vivido situaciones como esta una y otra vez. «Me concentro en lo positivo; de lo contrario, esto no le hace bien a mi salud mental».

También actúa como solista, pero aquella noche acompaña al cantaor flamenco Rafael Montilla. Este hombre, de más de 70 años, con la camisa abierta por el cuello y el pelo gris y rizado, tiene décadas de experiencia.

De manera posesiva, coloca la mano sobre el hombro de Alba y, en tono de broma, la presenta como su sobrina.

Las letras del flamenco (coplas) son breves poemas líricos escritos en un lenguaje cercano a la vida cotidiana y, al mismo tiempo, poético. Rafael Montilla canta sobre un trabajador del campo que recoge trigo en el campo y se seca el sudor de la frente. Mientras canta, marca el compás con los nudillos sobre una pequeña mesa de madera.

En el flamenco, el cante guía y el instrumento lo sigue.

Alba comienza su interpretación con un rasgueado: cierra la mano formando un puño relajado y después hace salir rápidamente, uno tras otro, los dedos. Esta técnica de golpeo, habitual en el flamenco, suena rápida como un redoble de tambor.

Acompaña el cante de Rafael con adornos, pero también deja que la guitarra guarde silencio. Entonces Rafael calla y Alba llena los silencios con breves y extáticos fragmentos melódicos, las llamadas falsetas.

Desde el público llegan gritos de aprobación. El jaleo de los artistas forma parte esencial del espectáculo. Entre el cante de Rafael y la guitarra de Alba se desarrolla un diálogo que va creciendo hasta convertirse en un virtuoso estallido musical.

Después de la actuación, Rafael y Alba se abrazan. Alba parece cansada, pero relajada; recibe los cumplidos con modestia.

Desaparece en la habitación contigua y vuelve a salir con leggings y camiseta. Con una mano tira de una pequeña maleta con ruedas y con la otra lleva el estuche de la guitarra. No permite que nadie la ayude: «No, estoy acostumbrada», dice riéndose.

Alba tiene una aliada en el municipio de Jerez de la Frontera, situado a unas dos horas de Córdoba.

Allí, la cantaora flamenca «La Paquera de Jerez» aparece a tamaño gigante en un mural sobre una pared de hormigón.

En pleno calor del mediodía, las calles están vacías. La escuela municipal de música se encuentra en el centro cultural «Sala Paúl».

Del largo pasillo salen varias oficinas y salas de ensayo. En una de ellas está sentada **Rosario Montoya**, que me recibe con mucha amabilidad. Sus ojos, vivaces y brillantes, están muy maquillados. Lleva un llamativo vestido rojo de verano y su cabello teñido de rubio cae sobre los hombros. Rosario es conocida con el nombre de «La Reina Gitana» y está considerada la primera pianista de concierto del flamenco. Su aspecto resulta demasiado llamativo para aquella sencilla oficina.



Alba Espert ha estudiado guitarra.

La mujer, de 52 años, procede de una familia gitana profundamente arraigada en el flamenco. Su madre fue una excelente bailaora y su padre canta y regenta un club flamenco. En casa vivió el flamenco «en todo su esplendor». Rosario relaciona sus primeros recuerdos del flamenco con las celebraciones navideñas de su familia:

«Ahí es donde sentí mis raíces con más fuerza. Celebrábamos la Navidad con villancicos tradicionales al estilo flamenco. Toda la familia cantaba y bailaba».

A los cuatro años vio a un pianista en la televisión.

«Cuando vi cómo conseguía sacar aquel sonido tan maravilloso de las teclas blancas y negras, me quedé fascinada. Desde entonces solo quería ser pianista».

A los 14 años ingresó en el conservatorio de Jerez y primero aprendió guitarra flamenca:

«Así comprendí cómo funcionan los cambios rítmicos, cómo funciona, por ejemplo, la estructura básica de una soleá con los acordes», explica Rosario.

Más tarde aplicó todo lo aprendido al piano, aunque sin limitarse a imitar a la guitarra.

Estudió piano clásico en un conservatorio de Cádiz y allí obtuvo el primer premio por sus composiciones. Para poder vivir hoy de su música como pianista reconocida, ha tenido que trabajar muy duro.

El sonido de su teléfono móvil interrumpe la conversación. Es su mánager:

«Te llamo después de la entrevista, cariño».

«Cuéntale lo del flamenco, pero bien», se escucha decir a su mánager al otro lado del teléfono.

«Yo cuento el flamenco como me da la gana», responde Rosario entre risas y cuelga.

«En el flamenco somos mujeres seguras de nosotras mismas», afirma.

Rosario lleva actuando en giras desde los 15 años y considera que su día a día sobre los escenarios le ha dado fuerza:

«Cuando diriges tu propio espectáculo, eso te fortalece. No puedes llegar siendo tímida».

Al mismo tiempo, Rosario también ha vivido mucho machismo en el mundo del flamenco.

Cuando estaba disponible como pianista acompañante para algún festival, muchos cantaores la rechazaban: «Me decían que preferían ser acompañados por una guitarra. Después los veía actuar con pianistas hombres», cuenta Rosario. Incluso hoy sigue habiendo cantaores que confían menos en ella por ser mujer. «Es su pérdida», dice encogiéndose de hombros.

Con su trabajo, Rosario quiere abrir camino a las mujeres más jóvenes.

La guitarrista **Alba Espert** también fue alumna suya. *«Estoy muy orgullosa de Alba. La conozco desde que era pequeña y es sencillamente magnífica»*, afirma Rosario.

Para Rosario es especialmente importante componer su propia música: «Aprender de los maestros y maestras del flamenco me ayuda, pero yo quiero expresarme a mí misma. Traduzco la alegría al estilo de la bulería; cuando estoy melancólica, compongo tangos».

Durante la conversación, su mirada se dirige una y otra vez hacia el piano de la habitación: «El piano es mi voz y mi medicina».

Clases de baile para mujeres con enfermedades crónicas

El sexismo no solo se manifiesta en el acceso limitado de las mujeres al ámbito profesional de la música, sino también a través de determinadas imágenes de feminidad que todavía predominan en el flamenco:

«La imagen estereotipada, erotizada, de la artista flamenca apasionada y exótica sigue presente incluso hoy y se comercializa», escribe la musicóloga Talea Nuxoll.

Sin embargo, el flamenco también puede ser un espacio en el que las mujeres se encuentren y se fortalezcan más allá de esas etiquetas. No es la representación para una mirada masculina lo que ocupa el centro, sino la comunidad y el empoderamiento.



Rosario Montoya compone con frecuencia.

Un ejemplo de ello es el grupo «Castañuelas Rosas» de Málaga. Las mujeres se reúnen dos veces por semana para tocar juntas las castañuelas en un centro cívico situado a poco más de tres kilómetros del centro turístico de Málaga, abarrotado de visitantes.

El aire tiembla bajo el calor de la tarde. Mujeres con camisetas rosas entran por una puerta al fresco salón comunitario. Su pasión por las castañuelas no es lo único que tienen en común: todas padecen enfermedades crónicas o han tenido cáncer.

Las clases gratuitas están financiadas por la fundación sin ánimo de lucro «El Pimpi».

«Buenas tardes, entrad», grita la profesora **Alicia Vicario**, saludando personalmente a cada una de las 35 mujeres. La mujer de 50 años lleva los ojos delineados con eyeliner y el cabello corto teñido de color cobrizo. Viste vaqueros y la misma camiseta rosa que las demás.

Por la manera en que ríe y gesticula, Alicia transmite motivación y energía. No se diría que padece fibromialgia, una enfermedad que le provoca dolor crónico. Algunos días, explica, los dolores son tan fuertes que ni siquiera puede peinarse.

A nuestro alrededor se mueven las sillas, se dejan los bolsos y se intercambian besos de bienvenida y conversaciones informales.

Finalmente, todas se sientan y Alicia alza la voz para dar la bienvenida a las nuevas participantes:

«Lo hacemos de la manera más sencilla posible para que las nuevas podáis imitarnos».

Las mujeres se levantan. Alicia las guía y marca el ritmo. Algunas participan sentadas porque no tienen fuerzas suficientes para permanecer mucho tiempo de pie. Aun así, muchas permanecen erguidas y seguras de sí mismas.

Alicia Vicario baila desde que tenía cuatro años. Tiene formación en danza española y es profesora de baile.

A los 45 años, su vida cambió radicalmente: *«Llegó un momento en el que ya no podía más, porque la enfermedad me había superado».* Su médico le recomendó que dejara de bailar.

Pero no quiso renunciar completamente a su pasión: *«El flamenco ayuda a sacar todo lo que llevamos dentro, también las cosas malas de la vida».*

Junto con la fundación «El Pimpi», desarrolló la idea de ofrecer cursos para mujeres enfermas. Desde entonces, Alicia imparte clases dos veces por semana durante una hora y media.

Baila diferentes combinaciones de pasos y golpea el suelo de madera con su tacón, marcando así el compás. El sonido de sus tacones supera incluso el repiqueteo rítmico de 70 castañuelas rosas y negras.

Estos instrumentos de percusión, normalmente de madera y con forma de concha, están unidos por una cuerda de dos en dos. Al estar huecos por dentro, crean una caja de resonancia que amplifica el sonido. Se sujetan con los dedos y se golpean entre sí.

La mano izquierda, con la castañuela de sonido más grave, marca el ritmo básico, mientras que la derecha, con la castañuela más aguda, adorna el ritmo mediante rápidos repiqueteos.

Para Alicia, las castañuelas son un instrumento muy femenino:

«Antiguamente eran —al igual que el abanico— también un medio de seducción. Eso lo sé por mi abuela. Bastaba con ponerse a tocar las castañuelas en algún sitio y enseguida aparecían los hombres», cuenta entre risas.

En total, 85 mujeres participan regularmente en las clases. Conviven con Parkinson, cáncer, esclerosis múltiple, enfermedades autoinmunes o depresión.

«Muchas de ellas están solas. Algunas han sufrido violencia de género», explica Alicia.

Ella misma también sufrió violencia en una relación anterior. Según cuenta, su fibromialgia es consecuencia de aquella experiencia. De acuerdo con la Sociedad Alemana del Dolor, vivir violencia sexualizada puede favorecer la aparición de la enfermedad.



Alicia Vicario baila desde que tenía cuatro años.

Carmen participa desde hace más de tres años. Después de padecer cáncer de mama, el curso se convirtió en un apoyo para ella.

También Maribel, de 81 años, que padece fibromialgia y escoliosis, encuentra aquí una comunidad. Procedente de Málaga, lleva el flamenco en sus raíces: «*El flamenco me alegra el ánimo*».

«*Sigamos con una sevillana*», grita Alicia mientras pone la música.

De un altavoz Bluetooth portátil situado en una esquina comienza a sonar la voz grave de una mujer. Pero pronto el sonido de las numerosas castañuelas supera al altavoz y llena toda la sala.

En su ritmo se percibe algo de la fuerza que estas mujeres se transmiten unas a otras.



Las mujeres ganan confianza en sí mismas gracias a los cursos conjuntos.